



Entrada del ejército cristiano en la Alhambra de Granada.

Este es el asunto que representa el bajo relieve cuya copia ofrecemos.

Esta escultura notable se halla situada en el retablo principal de la Capilla Real de Granada, en el basamento del lado del Evangelio; en otro bajo relieve que hay al lado se ven las torres de la Alhambra y la puerta judicial; y en los correspondientes al basamento del lado de la epístola, el bautismo de los moros y moras convertidos.

El retablo fué dirigido por Felipe Vigarni, y los relieves mencionados se atribuyen á Berruguete. En la franja celeste, con letras doradas góticas que corre al rededor de la iglesia en el friso del delicado filete que hace las veces de cornisa, se lee que la obra se acabó el año de 1517.

Estas esculturas son de singular mérito por la expresión de las figuras y la corrección del dibujo, y aunque en la inscripción no dijera los años porque se hicieron, á primera vista se conocería que pertenecen á la época del renacimiento y que están hechas por artistas formados en la escuela de los maestros italianos.

Instrumentos cortantes de los antiguos.

En vano sería querer fijar la época precisa en que se comenzaron á fabricar instrumentos cortantes de metal; hasta ahora nadie ha conseguido resolver este problema;

todos los escritores aseguran de comun acuerdo, que los antiguos construían sus armas con toda especie de materiales. Aunque es verdad que se conoció el hierro mucho tiempo antes del diluvio, hay motivos para creer que después se perdió el secreto de extraer este mineral. Tubal-Cain, que existía cuatrocientos años antes de la Era cristiana, trabajaba con mucha habilidad el hierro y el cobre, según se ve en el Génesis, y Abraham tomó un cuchillo para matar á su hijo Isaac. En los primeros tiempos se hace mención también del esquilado de los ganados, mas de aquí no puede deducirse que esta operación se hiciese con instrumentos de metal; y con efecto el presidente Goguet nos asegura que entonces se valían para todos los usos domésticos de piedras, de guijarros, de hastas, de huesos de varios animales, de conchas de mariscos, de juncos y de espigas; y ahora mismo en varias partes de Europa y de Asia, así como en los sepulcros de los primeros habitantes del Perú, se encuentran con bastante frecuencia instrumentos de piedra de esta clase. El capitán Dampier habló de ellos en Guam, una de las islas Ladrónas, y en Nueva-Breñaña, que está mas hácia el mediodía del ecuador.

Describiendo Erodoto las ceremonias de los matrimonios árabes, dice que un pariente de uno de los novios se coloca entre los dos, y con una *pedra* aguda abre una vena de la mano de cada uno de los contrayentes: que en seguida toma parte de sus vestidos y los empapa en la sangre de ambos. (lib. 3.º, §. 8.º) Estas piedras pertenecían sin duda á la especie llamada *Ceraunia*, ó piedras de rayo, como

se ven todavía en algunos museos de historia natural. Refiere el mismo historiador que los egipcios usaban una piedra etiópica para abrir los cuerpos de sus muertos con objeto de embalsamarlos, y vemos en el *Exodo* que del mismo modo se hacía la circuncisión (Cap. 4.º §. 23.). El poeta Hesiodo, anterior á Jesucristo, afirma que el azadón era en su tiempo de una encina muy dura. (*Opera et dies*, p. 130). Resulta, pues, según se ve, por los ejemplos citados, que los enseres y armas de hierro, aun suponiendo que fuesen conocidos, eran muy caros entre las naciones primitivas: no vemos por otra parte que Moisés haya empleado el hierro en la formación del tabernáculo, ni que Salomón le haya usado en la construcción del templo de Jerusalem, bien que en época muy anterior existiesen hachas de hierro para rajar madera, según el Deuteronomio. (XXVII. 3.) Sin duda por la mucha dificultad que hallaban los hebreos en la estracción del hierro, no se servían de él en los edificios que fabricaban; y como otra prueba de lo poco común que era entre ellos, nótese que manifestando Moisés á los israelitas las preciosas producciones de la Palestina, les dijo: «Allí las piedras son de hierro, y en las entrañas de sus colinas abunda el cobre.»

Algunos siglos despues Homero nos muestra á Aquiles prometiendo un disco de hierro entre los premios principales destinados para los vencedores en los juegos instituidos en honor de Patrolo (líada 23); y aludiendo á este pasaje dice la señora Dacier en una de sus obras: «Esta es la prueba de que el hierro se tenía entonces en grande estima; y que todas las armas eran de cobre.» Diodoro de Sicilia, y Ovidio, atribuyen la invención de la sierra (el primer instrumento metálico que hemos conocido según ellos) al sobrino de Dedalo, arquitecto griego que vivía 60 años antes de la construcción del templo, el que habiendo conseguido dividir en dos un pedazo de madera con una quijada de serpiente, que halló casualmente en el campo, concibió la feliz invención de este utilísimo instrumento, y poco despues hizo una sierra de metal.

De todos los metales ninguno existe con tanta abundancia como el hierro en las entrañas de la tierra; pero se necesita tanto calor para arrancarlo de ellas, que no es de admirar que haya habido pueblos que ignorasen su existencia, ni que las generaciones posteriores al diluvio hayan tenido dificultad en recobrar el conocimiento de arte tan útil. Como consecuencia de esta ignorancia, las lanzas y demás armas que sirven para esterminar las fieras, y aun para los usos de agricultura, se hacían en aquellos tiempos de oro y de plata, aunque prevaleció entre los árabes, según Diodoro de Sicilia; y esto parecerá menos extraño si se considera que entonces esos metales preciosos eran mucho mas abundantes que lo son en el día; verdad que se halla confirmada por multitud de hechos. Varios escritores refieren que habiendo recogido los fenicios en Egipto mas cantidad de plata que la que podían cargar en sus bajeles, quitaron de sus áncoras de madera las planchas de plomo con que se hallaban cubiertas, y en su lugar las pusieron de plata. En la historia *of the Wonderful Things of nature* de Johnson, se dice que los habitantes de la isla de Zabur cambiaron doscientas cincuenta libras de oro por setecientos libras de hierro (pág. 123); y Diodoro dice tambien que el sepulcro de Simandio estaba cercado de un aro de oro que tenía 365 codos de largo y pie y medio de grueso.

Semiramis hizo construir en Babilonia tres estatuas de oro, una de las cuales tenía 10 pies de alto, y pesaba mil talentos; y para el culto de dichas estatuas hizo poner tambien una tabla de altar del mismo metal de 38 pies de largo y de 12 de ancho, que pesaba 50 talentos. En el primer libro de los reyes se vé que Salomón recibió en un solo año 660 talentos de oro, que corresponden á mas de 540 quintales; y añade el historiador que todos los vasos por donde bebía este gran sabio eran tambien de oro puro, así como todos los utensilios de la casa del bosque del Libano, no habiendo ninguno de plata, lo que no causaba estraneza en aquel tiempo. (Cap. X. 21.) Erodoto atestigua que los scitas ponían copas de oro en los sepulcros de sus reyes, y en Plinio vemos que Nerón y la emperatriz echaban herraduras de oro á sus caballos favoritos. Los que quieran consultar el segundo tomo de la Arqueología, verán en él una carta digna de notarse dirigida por Mr. Pablo Demidoff á Mr. Pedro Collinson que viene muy á propósito á nuestro objeto. Este curioso documento,

hecho en San Petersburgo el 17 de diciembre de 1764, contiene la descripción de gran número de enseres de oro macizo que se acababan de descubrir en Siberia en el sepulcro de un príncipe túraro.

Y viene á confirmar nuestra asercion lo que refiere Washington Irving (refiriéndose al cronista Estrabón) en su obra acerca de la conquista de España por los moros en 711: «El rey D. Rodrigo, dice el célebre autor americano, se preparó para dar á los árabes la terrible batalla en que debía perder el trono y la vida, vistiendo una larga túnica de brocado de oro: sus sandalias estaban bordadas de oro, de perlas y diamantes: subió á un carro de mármol muy elevado del cual eran los ejes de plata, y las ruedas y la lanza se hallaban cubiertas de planchas de oro resplandeciente. Cubría en fin al último monarca goda un dosel de tela de oro con las armas de los reyes de Escandinavia, formando todo á manera de una bóveda que no podia mirarse sin que cegase el resplandor de su brillo.»

Uno de los hechos históricos mas antiguos de que tenemos conocimiento es que los dos hijos Jacob, Simón y Levi entraron en Sichem *sabte* en mano, y degollaron multitud de personas; pero el presidente Goguet ha demostrado que los sables de aquel tiempo eran de cobre, semejantes á los de los peruanos y á los de los japones, los cuales hasta el siglo pasado han estado usando armas cortantes de dicho metal. Aunque no se pueda decir con toda seguridad que las armas comunes de casi todos los pueblos antiguos fuesen de cobre, hay sin embargo pruebas convincentes de que los egipcios, y despues de ellos los griegos y los romanos conocieron el acero. Estas pruebas son que se hallan obeliscos, estatuas y urnas de porfido talladas con tanta delicadeza que solo hubiera podido conseguirse con el auxilio del acero bien templado. Como en el día no conocemos otros medios para grabar en el porfido que con polvos de esmeril ó de diamante, debemos concluir que los instrumentos de que se valian los antiguos eran de una extrema dureza, si hemos de juzgar por la delicadeza de los jeroglíficos que se ven en dichos obeliscos. Macrobio que existía en el siglo V dice, hablando de los etruscos, que cuando trataban de edificar una ciudad marcaban primero sus límites con tiras de cobre, y que los sacerdotes de los sabios se cortaban el pelo con un cuchillo del mismo metal. Nuestros antepasados eran sin duda mas hábiles que nosotros en el arte de templar el cobre, á pesar de los grandes progresos que se han hecho en la química desde entonces, pues según Goguet desde el conde de Caylus que llevó al sepulcro su secreto en 1770, nadie ha fabricado buenas armas de cobre.

No puede dudarse que los primeros habitantes de la Gran Bretaña conociesen el arte de templar bien este metal, pues en 1735 se descubrieron cerca de la ciudad de York, muchas hachas, sables, puntas de lanza, flechas, etc. etc., todo de cobre, según lo atestigua Leland. Por otra parte, los carros de guerra suministraban otra prueba de la perfección á que habia llegado este arte entre los antiguos británicos, y al propósito recordaremos los llamados Covinus, instrumento terrible de destrucción, cuya superficie exterior se hallaba erizada de largas puntas de cobre que desgarraban cruelmente todo cuanto encontraban al paso. El que quiera enterarse mas por menor de la construcción de estos carros, puede consultar á *Compañía Meta*, (libro 3.º) y la *Vita Agricola* de Tácito. Tambien la anecdota siguiente, que refiere Guillermo de Malmesburg, en la vida del rey Edgardo, prueba que estaba en voga entre los anglo-sajones el arte de trabajar el cobre. «A fin, dice el historiador, de impedir las disputas que diariamente se ocasionaban por beber todos en la misma copa, mandó el rey que estas en lo sucesivo tuviesen interiormente unas baldas de cobre (1) colocadas á distancias iguales unas de otras; y declaró que á ninguno sería permitido beber mas que lo que hubiese de una de estas señales á su inmediata.»

En cuanto al hierro no entraba nunca en la composición de las armas de estos insulares, á pesar de hallarse en grande abundancia en muchas partes de su isla: cuando le invadió Julio César era este metal tan raro que los britones hacían de él moneda, y hasta adornos de varias clases. El ilustre autor de los *Comentarios* dice que los romanos

(1) Cuando se habla de cobre en este artículo debe entenderse que es la mezcla que resulta de trozos de cobre puro y de setenta de alac.

nos, cuando se apoderaron del país establecieron fundiciones imperiales y muchas fraguas para hacer armas, mazas, lanzas etc.; y vemos en efecto que en tiempo de Guillermo el conquistador, el armamento ofensivo de la caballería consistía en un venabla puntiagudo de acero bien templado, un sable de dos filos, y un puñal corto, ó mas bien una daga. Este pueblo nunca olvidó lo que los romanos le enseñaron, pues en la batalla de Hamilton, en 1402, se debió la derrota de los escoceses á sus buenas flechas de acero, cuyas puntas eran tan agudas y bien templadas que atravesaron la armadura del conde Douglas, que habia costado tres años para hacerse. En ese tiempo se hacia poco uso de los sables, pero los habia sin embargo antes de la batalla de que acabamos de hablar; y Chaucer, muerto en el año de 1400, dice en sus *cuenteros de Cantobery* que la ciudad de Sheffield era ya célebre por sus fabricas de cuchillos.

Los progresos hechos en este ramo por los franceses, hace siglos, se dejan conocer por las armaduras que existen en el museo de artillería de París, muchas de las cuales son antiquísimas y tan perfectamente trabajadas, que prueban que esta nacion habia llegado á mayor punto acaso que ninguno otro en el arte de trabajar el hierro y el acero, y sin embargo no hizo mucho tiempo que trató de aplicar dichos metales á objetos domésticos como cuchillos de mesa, agujas, etc., debiéndose en dicho país la introducción y primera construcción de los referidos objetos á un negro español que se estableció en Londres en el reinado de María, hija de Henrique VIII. Pero esto no deberá admirar á los que consideren la mayor importancia que se daba á otros utensilios en los siglos de la caballería, pues verdaderamente la lanza, el casco, y el escudo eran mucho mas indispensables en aquellos tiempos de guerra continua, que las otras cosas accesorias de la vida puramente doméstica. Debe advertirse que desde mediados del siglo X, toda persona de alto nacimiento tenia fragua propia, y su herrero que lo acompañaba á todas partes para conservar limpia y bien acomodada su armadura; y en la corte del país de Gales el primer herrero se sentaba á la mesa despues del capellan, y tenia el privilegio de beber de todos los vinos que se presentaban.

Hoy día la Francia tiene buenas fundiciones en que se prepara tan buen acero como en otras partes; pero antes del año 1799 no se sabia en esta nacion el modo con que los ingleses le templaban, y hasta que la comision de salud pública encargó, á principios de este siglo, á Vandermonde, Monge y Berthollet para que examinásen tan importante materia, no sabian los franceses preparar el acero tan bien como los ingleses. Aquellas investigaciones y las del bayon Thénard consiguieron que en Francia este ramo se halla acaso ahora al nivel de las fabricas de Birmingham y de Sheffield.

UNA VISITA DE ENCARGO.

Entre las obligaciones que se imponen los hombres al constituirse actores de este vasto teatro que llamamos sociedad, la mayor de todas (exceptuando empero el pago de contribuciones) es sin duda alguna la de hacer visitas. Los que no hacen visitas, y sobre todo visitas de encargo, no tienen derecho á quejarse de los sinsabores de la vida. Verdadera tormento del cuerpo y del espíritu, en que una víctima inocente se ofrece en holocausto á una rancia costumbre: he aquí la definicion mas adecuada de la visita. Exceptúanse de esta regla general cierta clase de visitas que son no poco menos enojosas: las de los médicos; todas las demas están comprendidas en la precedente definicion.

No se me oculta que las doctrinas que yo sostengo cuentan decididos adversarios. Si preciso es decirlo con dolor, hay hombres (porque hombres son tambien aunque algunos lo pongan en duda), hay hombres que viven en las visitas como en su elemento; hombres para quienes esta clase de negocios forma el principal encanto de su existencia. Pero yo contesto á este argumento diciendo, que las casas de dementes no son bastante capaces para poder contener á todos los hombres que han perdido el juicio. Por lo demas, yo que jamás me he alimentado de vanas teorías ni de estériles discusiones (y en prueba de ello puedo alegar que solo dos veces he asistido á las sesiones de Cortes), yo que soy partidario decidido de los casos prácticos, no puedo re-

sistir á la tentacion de referir el siguiente de que fui parte activa y pasiva á mi llegada á Madrid.

Ante todo debo empezar por acusarme de una debilidad que parecerá imperdonable en quien como yo profesa unos principios tan esecétricos acaso como los que dejo sentados. Si, quiero decirlo, aunque tenga que ruborizarme: Dos días antes de mi salida de... para la Corte, fué á visitarme (siempre visitas) una persona á quien por particulares circunstancias nada puedo negar.

—«He sabido, me dijo, que sale vd. para Madrid pasado mañana.»

—«Es verdad; ¿tiene vd. algo que mandarme?»

—«¡Nombre, si quisiera, si esto no le sirve á vd. de molestia, que hiciera vd. una visita de mi parte á una señora...»

Entonces acabé de convencirme de que soy un cobarde, porque le contesté tartamudeando:—«Con mucho gusto,» —y saqué la cartera para apuntar las señas de la casa donde debia vivir dicha Señora.

—«¿Su nombre?»

—«¡Alí esta la dificultad,» dijo poniendo un dedo en la frente como para recordar una cosa que jamás habia aprendido. Yo conocí por casualidad á esa Señora, hace seis años, en Madrid, en una visita; la ví otra vez en su casa, mas no sé su nombre... Pero eso poco importa, añadió; sé que vive en la calle de San Bernardo número 21; es casada, de edad de unos cuarenta años; alta, gruesa, tiene dos hijas... en fin, vd. pregunte, que en la cara le darán razon.»

Aquí en una oja de mi cartera está libiacion y escribí debajo: «Visita de D. Salustiano de San Juan.» la primera palabra de muy mala letra porque me temblaba el pulso al escribirla.

Nos despedimos cordialmente, con todo aquello de: hasta la vista; que á vd. le vaya bien; no deje vd. de escribir á su llegada; no se olvide vd. de mi encargo, y demas generales de la ley. Todo aquel día y el siguiente me pasé encerrado en mi cuarto, temblando á cada ruido que oía cerca de la puerta, pareciéndome que eran amigos y conocidos que venian á encargarme visitas. Por fin salí de... y empecé á respirar; llegué á Madrid y respire. Una semana pase sin acordarme ni de mí mismo. Disponíame á salir de casa una mañana, cuando entra en mi habitacion la Señora que cuidaba de mi hospedage diciéndome que la entregara el pasaporte para enviarme al celador del barrio. Abro mi cartera y lo primero que veo es en letras muy gordas y mal formadas: «Visita de D. Salustiano de S. Juan...» Me quedé estupefacto á semejante vista.

—«¿Se le ha perdido á vd.?— me preguntó la Señora al notar mi turbacion.

—«No he tenido esa suerte, la contesté; aquí está. Voy ahora mismo á su casa, no haga el diablo que vuelva á olvidario. ¿Sabe vd. hacia qué lado está la calle de San Bernardo?»

—«Si señor... pero si no vive allí.»

—«¿Cómo? ¿No vive calle de San Bernardo, núm. 21, casada, de 40 años, gruesa, alta, tiene dos hijas...»

—«Pero ¿qué está vd. diciendo? si el celador vive aquí cerca, calle de Capellanes...»

—«Señora, perdone vd.; estoy loco. Tome vd.—y la entregué el pasaporte saliendo de la habitacion á paso largo.»

Llegué á la Puerta del Sol... y aqui empiezan mis apuros. Consulto mi cartera; *calle de San Bernardo*. Y ¿dónde encontraré esta calle? Pregunto al primero que veo: ¿Tiene vd. la bondad de decirme hacia donde cae la calle de San Bernardo?»

—«La calle ancha de San Bernardo empieza en la plazuela de Santo Domingo; allí le darán á vd. razon.»

Las señas eran mortales. Recordé que dos ó tres días antes habia pasado por un parage donde ví escrito: *Plazuela de Santo Domingo*. Me encaminé hacia el sitio en que sospechaba se encontraría dicha Plazuela... Pero; ay! qué yo era un recién llegado á Madrid, y en vez de dirigirme por cualquiera de los puntos que conducen al que debia ser lugar de mi suplicio, fui á dar con mi molineta humanitaria en la plazuela del Progreso. —«Ya he llegado» — dije con orgullo, disponiéndome á buscar en aquel laberinto de calles, y no sin sacar cien veces la cartera, la calle de San Bernardo. Habia salido de mi casa á las diez y media; á las once llegué á la plazuela del Progreso; dieron las doce, y aun no habia salido de su circunferencia, sin encontrar entre las muchas calles que en ella desembucan la de San Bernardo. Fastidiado por demas de trabajar infructuosamente, me

acérquese á una mujer que por allí pasaba.—¿Cuál de estas calles, la pregunté, es la de San Bernardo?

Echóse á reir la buena mujer de mi pregunta, y me contestó:—«La calle ancha de San Bernardo está allá al otro lado, en la plazuela de Sto. Domingo.»

—¿Pues no es esta la plazuela de Sto. Domingo?

—«Quíá, no señor... Mire vd.: vá vd. por allí, despues toma vd. la calle de la derecha, sigue vd. al frente, luego por la de la izquierda,» (etc., etc., etc.)

Procuré poner gran cuidado para conservar en la memoria todas aquellas señas, y me di tan buena maña que á las dos en punto estaba ya en la dichosa plazuela de Sto. Domingo, y dos minutos despues entraba victorioso en la calle ancha de San Bernardo... Ya era negocio concluido. Llegué al núm. 20; allí consulté por milésima vez mis apuntes: «número 21.»—«Bá, dije, este es el núm. 20, luego este otro será el 21,»—y entré en la casa inmediata. Toqué á la campanilla y salió una criada.—¿Qué se le ofrece á usted?

Aquí de mi cartera:—«Una señora... casada... de unos 40 años... alta... gruesa... que tiene dos hijas... etc.... ¿vive aquí?»

—«No señor.»

—«¿Tal vez vivirá en este cuarto inmediato?»

—«No sé decir á vd.»—y me volvió á espalda.

—Vamos á la otra puerta.—Salió á abrir una niña; la pedí mi discurso que ya había aprendido de memoria.

—«No señor; aquí no es.»

—«Será tal vez en las habitaciones superiores.»—Y recorrí con mas paciencia que Job los dos cuartos segundos, los dos terceros, la boardilla... siempre la misma respuesta: no es aquí.

Sali á la calle sudando á mares.—¿Si habré equivocado el número de la casa?—y saqué la cartera: «número 21.»—«Pues señor; no hay duda, este es.»—Ya me alegraba de no haber encontrado la habitación de la anónima, pues de esta manera me ahorra el disgusto de *hacer una visita* y podía disculparme con don Salustiano. Miré por última prevención el número de la casa de donde acababa de salir; y me asustó un terror pánico al ver sobre la puerta: «22.»—¿Qué es esto, señor?—Volví plés atrás; miré el número de la casa inmediata:—20.—Era para perder el juicio...—«¡Ah diablo! exclamé; ahora recuerdo que me han dicho que en una acera estan los números pares y en otra los impares... ¡A la otra acera!...» Eran las tres de la tarde...

—«Gracias á Dios! he aquí el número 21.»—Doy principio á correr las estaciones: cuarto primero,—no es aquí;—idem segundo, lo mismo;—tampoco en el tercero.—Frescos estamos. Creí que no habría mas habitaciones en la casa, pero preguntando á un sirviente que subía la escalera, me dijo que había cuartos interiores á los que se entraba por el patio. Inútilmente fatigué las campanillas del primero y segundo. Llegué al tercero y me abrió la puerta una señora alta, gruesa, de unos cuarenta años... No había duda: era la misma.—«A los pies de vd.»

—«Beso á vd. la mano. ¿Por quién pregunta vd., caballero?»

Si me hubiera dejado llevar de los pensamientos que me agitaban, hubiera respondido: «por el demonio;» pero me contenté con algo menos, y dije:—«por vd., señora.»

—«Tenga vd. la bondad de pasar. Eugenio, dijo, y se apareció un criado: Conduce al señor á la sala. Soy con vd. al momento.»

Y me dejó conducir al lugar del sacrificio. Allí ví á un sujeto sentado en un sillón, que me saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—«Bá, dije para mí, este será otra víctima que espera como yo el sacrificio.» Pero bien pronto conocí por el giro de nuestra conversacion que no era una víctima sino un verdugo, es decir, el esposo de la anónima.

Hicé presente el objeto de mi visita y preparé mi espíritu á sufrir quince ó veinte minutos de horrosos tormentos.

—«Con que cómo dice vd. que se llama el caballero que nos llama con la visita de vd?»

—«Don Salustiano de San Juan es quien...»

—«Nombre sí... ¿qué me dice vd.?... ¡El bueno de don Salustiano! Si señor... le conozco muchísimo... ¡vaya! ¡cuánta me alegró! Y ¿qué tal? ¿está bueno? ¿tiene mucha familia? ¿le gusta aquel país? ¿no piensa volver por acá?»

—«Debe vd. estar equivocado; don Salustiano no es casado, al menos que yo sepa.»

—«Tiene vd. razón; le confundía yo con...»

A este tiempo entró en la sala la señora que me había abierto la puerta.

—«Teresita, dijo su marido: ¿á que no aciertas á nombrar de quien nos visita este caballero? Y añadió dirigiéndose á mí: no la diga vd. una palabra; á ver si acierta.»

—«No adivina quién podrá ser, dijo doña Teresa despues de unos momentos de aparente reflexion.

—«Vaya, mujer, no te canses: de don Salustiano.»

—«Don Salustiano... no recuerdo...»

—«¿Con qué no te acuerdas de don Salustiano de San Juan? Si mujer... Que es soltero... ¿Pues no te has de acordar?»

—«Soltero... Vamos, no puedo acordarme.»

Entonces creí llegado el caso de tomar la palabra, y espliqué minuciosamente toda la vida y milagros de don Salustiano.

—«Me parece que está vd. equivocado, dijo doña Teresa; no conozco sugeto alguno de esas circunstancias. ¿Para quién encargó á vd. la visita?»

Por toda contestacion saqué mi cartera, y con la mayor calma que me fué posible lei; *calle de San Bernardo número 21: una señora casada, de unos cuarenta años, alta, gruesa; tiene dos hijas.*—Visita de don Salustiano de San Juan =

—«Caballero, repito que se ha equivocado vd. Yo no tengo hijas; no cuento mas que treinta y dos años de edad, (—en esto me engañaba—), y hace dos tan solo que estoy en Madrid.»

—«Si; ya presumía yo que debía ser una equivocacion, dijo su marido.»

Al oír esto salté de la silla como si me hubiera mordido un perro rabioso; tomé el sombrero, balbucé una excusa, y me disponia á salir cuando el esposo de doña Teresa me dijo:—«Advierto que en esas señas pone vd. calle de San Bernardo. Debe vd. saber que hay en Madrid dos calles de ese mismo nombre; una que se denomina calle ancha de San Bernardo, que es esta; y otra que principia en la calle de la Montera, llamada calle angosta de San Bernardo. Tal vez será en esta última donde encontrará vd. á la señora por quien pregunta.»

—«Es posible.»—contesté con muy mal humor, y sali de aquella casa malificiendo las visitas de encargo... Eran las tres y media.

Me propuse dejar para el siguiente dia la averiguacion del paradero de mi anónima, y me dirigí, mejor dicho, me dirigieron á mi casa, donde comí y me acosté á dormir la siesta porque estaba rendido de cansancio.

A las diez de la mañana siguiente sali á hacer mi visita.

Estoy en la calle angosta de San Bernardo número 21: sin vacilar entro en el portal de la casa señalada con este número; y aun no había subido dos escalones, cuando oigo á mi espalda una voz que en tono de áspera reconvencion me grita:

—«¿Hé! ¿dónde vá vd.?»

Volví la cabeza y ví tras un biombo, donde había escrito: «*nada pase sin hablar al portero*» un hombre que se ocupaba en coser zapatos.

—«¿Por quién pregunta vd.? repitió.»

—«Por una señora alta, gruesa etc.»

—«Cuarto segundo de la derecha.»

—«¿Pero está vd. seguro de que es la misma?»

—«Si señor: por mas señas que hace poco tiempo se la ha casado una hija.»

—«Gracias.»—y subi precipitadamente la escalera. Pasé por delante del cuarto primero:—no es este, dije, y subí otros dos tramos de escalera. Héme aquí á la puerta del cuarto segundo de la derecha... Pregunté por la señora.

—«Aun no se ha levantado; puede vd. decir lo que quiere ó volver dentro de una hora.»

—«Está bien: volveré.»

Y volví dentro de una hora.

—«¿Se ha levantado la señora?»

—«Está almorzando; pero tenga vd. la bondad de pasar (y pásese);—entra vd. en la sala (y entre);—tome vd. asiento (y me senté);—tenga la bondad de esperar un momento (y esperé cerca de una hora.)»

Al cabo de este tiempo se abrió una puerta, y entró una

señora como de 60 años, pequeña, delgada. En el momento que la divisé me levanté, y sin darle lugar á pronunciar una sola palabra.

—«Veo, señora, la dije, que el portero de la casa ha abusado de mi credulidad.»

—«¿Cómo! ¿le ha engañado á V., el portero? Voy á hacer que le despidan ahora mismo...»

—«No merece la pena. Tal vez una equivocacion involuntaria... Me dijo que en el cuarto segundo de la derecha vivía una señora (aquí las señas).»

—«Pues bien... entonces...»

—«Pues bien; entonces...»

—«No le ha engañado á vd.»

—«¿Cómo no?»

—«¿En el cuarto segundo de la derecha vive esa señora; se llama doña Gertrudis...»

—«Pero señora le interrumpí, ¿no es este el cuarto segundo de la derecha?»

—«No señor.»

—«¿No hay otro cuarto debajo de este?»

—«Sí señor.»

—«Pues entonces, este es el cuarto segundo.»

—«No señor.»

—«Confieso que no entiendo este nuevo método de numeración.»

—«Eso consiste en que esta casa tiene entresuelo, y por consiguiente este es el cuarto principal que pongo á disposición de vd.»

—«Mil gracias, señora»—y salí de allí dando al diablo los entresuelos.

Estoy á la puerta del cuarto segundo verdadero. Un criado vestido de negro me hace entrar en una sala donde habría reunidas unas cuarenta personas, las cuales guardaban el mas profundo silencio... y sin embargo había una veintena de mugeres. Misterio incomprendible para mí... Las mugeres y el silencio: dos elementos que creía yo no podían amalgamarse.

A mi entrada todas las miradas cayeron á plomo sobre mí; despues cada uno volvió á su recogimiento anterior.

Entre la multitud ví á Doña Gertrudis (no hay duda que era la misma), sentada en un confidente, y á su lado una jóven de unos diez y ocho años: ambas silenciosas, y aparentando estar dominadas por un profundo pesar. Por esta circunstancia, y la de estar vestidas de luto, vine á deducir que la muerte había visitado aquella casa; y las visitas de la muerte son casi tan fastidiosas como las visitas de encargo. Ahora bien, ¿qué papel me estaba reservado en aquella ocasion? Muchos meses han transcurrido desde que pasé aquella escena, y aun no he podido contestarme á esta pregunta....

Saludé, tomé asiento entre la multitud y me preparé á lo que pudiera sobrevenir.

Cinco minutos habrían transcurrido, cuando á una seña de Doña Gertrudis, que desde mi llegada no había cesado de mirarme con curiosidad, me aproximé al sitio en que estaba sentada.

—«Tenga V. la bondad de pasar al gabinete, me dijo, designándome al mismo tiempo una puerta inmediata.—Allí está Federico.»

Obedecí aquella insinuacion maquinalmente, y perdiéndome en mil diversas conjeturas. Abrí la puerta del gabinete, y me encontré frente á un hombre como de 50 años, quien al verme entrar me dijo sin parar apenas su atencion en mi conturbada persona:

—«Hombre, en qué mala ocasion ha llegado V.!»—Y siguió revisando una infinidad de papeles que había sobre la mesa-escritorio.

—«¿Trae V. la cuenta?»—añadió á poco rato.

A esta brusca interpelacion me quedé atónito, y apenas pude articular:

—«La cuenta...? Mi venida no tiene por objeto...»

—«Bien: es lo mismo...? ¿no le falta...? En ómnibus usted el recibo, y zanjaremos este asunto.»

Esto diciendo, abrió un cajon, sacó una cartera, y de ella tres billetes de banco que puso sobre la mesa. Yo estaba aterrado. Poco despues me presentó un papel escrito en forma de recibo.

—«Pero V. se equivoca, dije (notando maquinalmente el papel): yo...»

—«No señor: no hay equivocacion, porque de los 1526 hay que deducir los 93 reales por un lado...»

—«Permítame V.: yo no he venido á liquidar cuentas...»

—«Y veinte y dos por otro, que he entregado á D. Nicolás, como debe V. saber.»

—«Yo solo sé, dije amostazado, que he venido á hacer una visita á Doña Gertrudis por encargo de mi amigo don Salustiano de San Juan. Ni yo sé una palabra de la cuenta que V. dice, ni menos cuál ha sido la intencion de la señora al mandarme pasar á este gabinete.»

—«En ese caso, caballero, es muy diferente... Yo creí... V. disimule la molestia que le he causado...»

Salgo del gabinete. Estoy por segunda vez en escena... Todos los espectadores me miraban con curiosidad. Vuelvo á ocupar mi asiento, sin saber como salir del atolladero en que me veía.—«Dejemos obrar á las circunstancias,» dije enojando el sudor que inundaba mi frente.

Poco á poco iban desfilando las personas que ocupaban la sala; y sin embargo, yo permanecía clavado á la silla, como si una fuerza desconocida me detuviera. Por último, hice un esfuerzo sobrenatural: me puse en pié, aprovechando una ocasion en que hizo lo mismo un caballero de mi derecha; saludé, y mas osado que el Cid, me lancé intrépido á la puerta, gané la escalera, que bajé en dos saltos, y salí á la calle.—«Gracias á Dios, dije dando un profundo suspiro, que me he salvado.»

Llegué á casa, y me dejé caer desfallecido sobre un sofá. Me acometió una pesadilla horrosa....

Veía pasar cien figuras estravagantes que me miraban y se sonreían de una manera que me helaba la sangre en las venas. D. Salustiano se acercaba á mí, me sacaba del bolsillo la cartera, y anotaba en ella palabras que yo no podía comprender. Doña Teresa y su marido me pellizcaban, y á mis gritos desgarradores contestaban con estrepitosas carcajadas. Doña Gertrudis me golpeaba el rostro con un zapato. Una criada me echaba agua hirviendo por el cuello... Y todos aquellos fantasmas se agrupaban á mi derredor; me estrujaban, me oprimian, me ahogaban, y con voces desentonadas cantaban á coro; «¿ una visita! una visita...!»

Sucedió un profundo silencio.... desaparecieron poco á poco aquellas visiones horripitantes.... Desperté.... Aun sonaba en mis oídos aquella palabra fatigada repetida por el eco; ¿ una visita!!!

BERNARDO MARTÍN REDONDO.

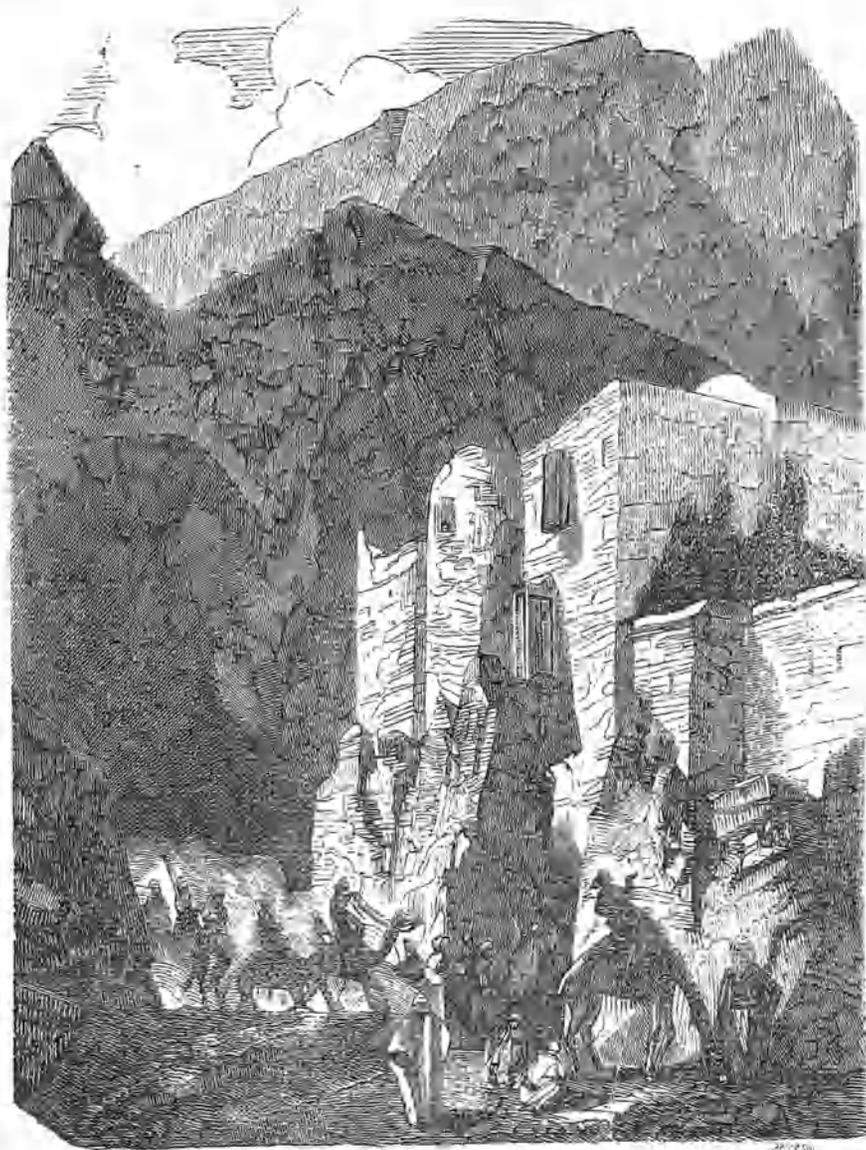
EL MONTE SINAI.

Donde quiera que ha tenido lugar uno de los grandes acontecimientos que interesan á la humanidad entera, hay seguridad de encontrar hombres que se han constituido como guardianes de aquellos lugares: apenas llegais, veis venir hácia vos amigos, hermanos, que se apresuran á ofrecer hospitalidad haciéndoos una acogida cual si os esperasen.

Aparte su celebridad, el monte Sinai no es mas que una roca como tantas otras, en medio de una comarca esteril. Allí fué donde por boca de Moisés dió Dios á los hombres esa ley que contiene en pocas palabras los principales principios de toda sociedad humana. No es nuestro ánimo contar aquí la gran revelacion, sino añadir como complemento pintoresco á la vista que ofrecemos tomada del natural, algunas palabras de explicacion.

El Sinai es una montaña de la Arabia en los confines de Africa, de la Europa y del Asia, en la península, que avanza en medio del mar Rojo, entre los golfos de Suez y Akaba, al N. E. del monte Ritohé y al S. del monte Alviras Djebel Meusa.

No nos detendremos en hacer la descripción del monte Sinai: todas las montañas se asemejan y no difieren entre sí mas que en la altura: la de Sinai es considerable; calcúlase en 7,432 piés sobre el nivel del mar Rojo. En la base se encuentra el famoso convento de Santa Catalina que lieptos procurado representar en la lámina que acompaña á este artículo. Nosotros no le hemos visitado; por tanto, para no pecar de inexactos, dejaremos hablar al Reverendo Padre Gayard, el último de los viajeros modernos que nos ha contado su peregrinacion al monte Sinai, partiendo de Egipto, es decir, del Cairo, la antigua Memphis y siguiendo el camino de Mirates. «Hacia diez dias, dice, que habíamos abandonado el Cairo, y á la hora y media de llegar á la



El monte Sinaí.

cumbre de una colina, distinguí en fin la cima augusta del monte Sinaí, término de mi peregrinación, y distante aun seis leguas.

Como era imposible llegar en aquel día, hice alto mas temprano que de ordinario, pero en lugar de entregarme al reposo en mi tienda preferí dedicarme á los recuerdos que escita Sinaí y permanecí largo tiempo contemplándole, en tanto que me era posible imprimir mi frente sobre el polvo de su roca. Al amanecer estaba en camino. Llegado cerca del convento, ví aparecer algunos religiosos que por medio de una polea bajaron una larga cuerda cuya estreñidad formaba un anillo grande. Coloquéme en él, y fui prontamente elevado á una altura de 40 piés lo menos, é introducido en la comunidad.

Bien hubiera podido entrar por una puerta, aunque se ha dicho que no existe ninguna, pero se halla tapiada y no se abre mas que para recibir al Patriarca, que reside en Constantinopla, y cuyas visitas son muy raras. El superior del Monte Sinaí me habia prevenido en el Cairo acerca de este pequeño viaje aéreo, y hasta me habia ofrecido hacer que entrara por la puerta; pero no convenia á mis sentimientos que los religiosos me tomaran por un gran personaje oculto bajo los hábitos de un trepista, y por otra parte los árabes, de los que se desconfía con razon, y para los cuales se toman las precauciones relativas á la introduccion de extranjeros, hubieran podido acaso entregarse á algun esceso.

El P. Gerand hace en seguida la descripción del con-

vento: es una especie de pueblecillo rodeado de altas murallas, cuyas piedras son enormes rocas de granito. La clausura forma un cuadrado; el interior no es mas que un agrupamiento de habitaciones irregulares, construidas bajo diferentes planos sobre un terreno desigual. Excepto la iglesia todo es pobre; pero por todas partes reina el orden y el aseo.

El monasterio propiamente dicho fué construido en 520 por el emperador Justiniano. Todavía se vé el edificio que servia de iglesia para los católicos y de la cual fueron espulsados hace 140 años por los griegos cismáticos, dueños hoy de ella.

En la iglesia construida por los religiosos griegos se encuentra la tumba de santa Catalina, cuyo nombre ha reemplazado al que los católicos habian dado originariamente al monasterio, llamado antes de la espulsion convento de la Transfiguracion.

En las cercanias del monasterio campan bajo tiendas mas de 30 familias árabes que en cierto modo le pertenecen, tienen ganados y camellos y mediante un precio convenido se encarga de todos los trasportes que necesita la comunidad, ellas son tambien las que proporcionan caballerías á los viajeros.

GEROGLIFICOS EGIPCIOS.

Los hombres han inventado dos sistemas de escritura enteramente diferentes. El uno lo usan los chinos y es el sis-

tema geroglífico; y el otro que tiene el nombre de sistema alfabético ó fonético, está ahora en práctica en los demás pueblos de Europa.

Los chinos no tienen letras propiamente dichas. Los caracteres de que hacen uso son verdaderos geroglíficos, que representan ideas, no sonidos ni articulaciones. Así es que *caño* se expresa por un carácter único y especial, que no cambiaría aunque todos los chinos expresasen esta idea en el lenguaje hablado, con una voz enteramente diferente de la que existe en la actualidad.

A quien sorprenda este fenómeno, reflexione que también nuestras cifras numéricas son verdaderos geroglíficos. La idea de la unidad suada siete veces consigo misma ó el número ocho, se representa en todas partes, en Francia, en Inglaterra, en España, con dos círculos unidos verticalmente y tocándose en un solo punto; pero al ver este signo ideográfico el francés lee *huit*, el inglés *eight*, el español *ocho*; y con la misma variedad los demás pueblos. Todos saben que sucede lo mismo con los números compuestos. Así, sea dicho de paso, si llegasen á estar universalmente admitidos los signos ideográficos chinos, como sucede con las cifras árabes, todos leerían en su propia lengua las obras que se les presentaran, con la misma facilidad que los números, sin tener necesidad de conocer ni una voz de la lengua hablada por los autores que las hubieran escrito.

No sucede lo mismo con la escritura alfabética.

El que inventó el arte ingenioso de pintar la palabra, hizo la esencial observación de que todas las de la más rica lengua hablada, se componen de un número limitado de sonidos ó articulaciones elementales, e inventó cierta cantidad de signos ó letras para representarlo combinándolos de distintos modos, podía así escribir cualquier palabra que hiciese sus oídos aun sin conocer su significado.

La escritura china ó geroglífica parece ser una infancia del arte; pero no es exacto lo que se decía en otro tiempo de que para saberla leer, era menester en la misma China la *larga vida* de un mandarín estudioso; Remusat, cuya pérdida ha sido una de las mayores que han tenido las letras en mucho tiempo, había hecho ver con su experiencia y la de los excelentes discípulos formados cada año en sus cursos, que el chino se aprende como otra lengua cualquiera. Tampoco es cierto lo que se cree á primera vista de que los caracteres geroglíficos sirven únicamente para la expresión de las ideas comunes algunas páginas de la novela *Fa-Kiao-H* ó las *dos Primas* bastan para demostrar que el uso de la lengua china se extiende también á las más sutiles y alambicadas abstracciones. La falta principal de esta escritura está en no dar medios para expresar palabras nuevas.

Un mandarín de Canton hubiera podido escribir á Pekín que el 14 de julio de 1600 salvó á la Francia de un gran peligro la batalla más memorable; pero no hubiera sabido cómo comunicar á su correspondiente en caracteres permanente hieroglíficos que la flauta en que se tuvo esta jornada gloriosa se llamaba *Marengo*, y que el general vencedor se llamaba *Bonaparte*. Un pueblo, pues, en que todas las comunicaciones de nombres propios, y de ciudad á ciudad podrían hacerse solamente por el intermedio de mensajeros, estaría sin duda en los primeros escalones de la civilización y no es tal la condición del pueblo chino. Es verdad que los caracteres geroglíficos constituyen la esencia de su escritura; pero alguna vez, y sobre todo cuando se quiere escribir un nombre propio, pierden su carácter ideográfico para reducirse á expresar únicamente sonidos y articulaciones, en fin, á sus verdaderas letras. No carece de oportunidad esta introducción. Las cuestiones de antigüedad á que han dado lugar los métodos gráficos del Egipto, van ahora á ser explicadas y resueltas con facilidad, en los geroglíficos del antiguo pueblo de los Faraones vamos á encontrar todos los artificios usados hoy por los chinos.

Muchos pasajes de Herodoto, Diodoro de Sicilia y de San Clemente de Alejandría, han hecho conocer que los egipcios se servían de dos ó tres clases de escritura, y que en una de ellas al menos, se usaban mucho los caracteres simbólicos ó representativos de ideas. Hasta nos ha conservado Herodoto la significación de cierto número de estos caracteres; así se sabe que el milano representaba el *alcaz*, la paloma (lo que podría parecer bastante extraño) un *hombre valiente*; la flauta el *hombre loco*, el número diez y seis el *delicte*; una rana el *hombre imprudente*; la hormiga el *saber*.

Los signos conservados por Herodoto solo formaban

una pequeña parte de los 800 á 900 caracteres que se habían descubierto en las inscripciones monumentales. Algunos modernos, entre ellos Kircher, intentaron aumentar su número; pero sus tentativas no tuvieron más resultado que hacer patentes los errores que se exponen á padecer los hombres de más instrucción, cuando en la investigación de los hechos se entregan sin freno á su imaginación. La falta de datos para la interpretación de las escrituras egipcias, había hecho creer á todas las personas sensatas la imposibilidad de resolver completamente el problema, cuando en 1739 Mr. Boussard, oficial de ingenieros, en las excavaciones que hacia cerca de Roseta, encontró una piedra que cubría enteramente de tres series de caracteres diferentes entre sí, una de ellas estaba en griego, y á pesar de algunas mutilaciones, dió claramente á conocer que los autores del monumento habían dispuesto su escritura en la misma *inscripción* en tres clases de caracteres, á saber, en sagrados ó geroglíficos egipcios; en caracteres locales ó comunes y en letras griegas; por una dicha inesperada se encontraban, pues, los filólogos en posesión de un texto griego, y á su lado su *traducción* en lengua egipcia, ó al menos otro de un sentido equivalente representado por los caracteres usados antiguamente en las orillas del Nilo.

Esta piedra de Roseta, que después ha sido tan célebre, y que M. Boussard regaló al instituto del Cairo, fué perdida por este cuerpo sabio cuando evacuó al Egipto el ejército francés. Ahora está en el museo de Londres, en que figura, dice Tomás Young, como un monumento del valor británico. Dejando aparte el valor, hubiera podido añadir el célebre físico, sin mucha parcialidad, este precioso monumento bilingüe atestiguaba también las miras progresivas que habían inspirado la memorable expedición de Egipto, y el celo infatigable de los ilustres sabios, cuyos trabajos ejecutados muchas veces al alcance de la metralla, han dado tanto brillo á la gloria de su patria.

La importancia de la inscripción de Roseta les interesó de tal manera, que para no abandonar este tesoro á los riesgos y azares de un viaje marítimo, trataron desde luego de reproducirlo por dibujos, relieves y otros procedimientos. Es menester añadir que los anticuarios de todas las países conocieron por la primera vez la piedra de Roseta por medio de los dibujos franceses.

Mr. Silvestre de Sacy, uno de los más ilustres miembros del instituto, fué el primero que desde el año de 1802 entró en la carrera, que la inscripción bilingüe abrió á las investigaciones de los filólogos; pero solo se ocupó del texto egipcio, escrito en caracteres comunes. En él descubrió los grupos que representan diferentes nombres propios, y su naturaleza fonética. Así en una de las dos escrituras al menos, los egipcios tenían signos de sonidos, verdaderas letras. Este importante resultado no sufrió ninguna crítica desde que Mr. Akerblad, sabio sueco, perfeccionó el trabajo de Sacy, y señaló con una probabilidad que se aproximaba á la certidumbre el valor fonético individual de los diferentes caracteres empleados en la transcripción de los nombres propios, dados á conocer por el texto griego.

Quedaba siempre la parte de la inscripción puramente geroglífica, ó supuesta tal, que permanecía intacta, no habiéndose atrevido nadie á intentar descifrarla.

Aquí es donde veremos á Tomás Young declarar desde luego como por una especie de inspiración, que en la multitud de signos esculpidos sobre la piedra y que representaban ya animales enteros, ya seres fantásticos, ya instrumentos, productos de artes ó formas geométricas, aquellos que estaban comprendidos en espacios elípticos correspondían á nombres propios de la inscripción griega, particularmente al nombre de Ptolomeo, único que ha quedado intacto en la transcripción geroglífica. Poco después pasó á decir que en este caso especial los signos no representan ya ideas sino sonidos; y concluye en fin señalando con un análisis minucioso y delicado un geroglífico individual á cada uno de los sonidos que literan los oídos en el nombre de Ptolomeo en la piedra de Roseta y en el de Berenice de otro monumento. He aquí tres, puntos principales de las investigaciones de Young sobre los sistemas gráficos de los egipcios. Se ha dicho que nadie los había echado de ver, ó al menos que no se habían publicado antes del físico inglés; opinión dudosa, aunque generalmente admitida. En efecto, desde el año de 1766 había mirado Mr. Quignes en una memoria impresa, como pertenecientes á nombres propios

los grupos de las inscripciones egipcias. Todos pueden ver además en las misma obra los argumentos del sabio Orientalista para apoyar la opinión que había abrazado sobre la naturaleza constantemente tonética de los geroglíficos egipcios. Young tiene pues, el honor de la prioridad en un solo punto: él es el primero que ha hecho tentativas para descomponer en letras los grupos en cuestión, para dar un valor tonético á los geroglíficos que componian en la piedra de Roseta el nombre de Ptolomeo.

En esta investigación Young da nuevas pruebas de su inmensa penetración, pero estraviado por un falso sistema sus esfuerzos son enteramente estériles. Así algunas veces atribuye á los caracteres geroglíficos un valor simplemente alfabético; mas allá les da uno sílábico ó disílábico sin atender á lo estrafalaria que sería semejante mezcla de caracteres de distintas naturalezas.

El fragmento de alfabeto publicado por el doctor Young participa, pues, á un tiempo de la verdad y de la mentira; pero se aleja muchas veces, tanto de la primera que es imposible aplicar el valor de las letras de que se compone á cualquiera inscripción, que no sea la de los dos nombres propios que han dado á él origen. La palabra imposible se encuentra tan raras veces en la vida científica de Young, que es menester demostrar la justicia con que aquí se pronuncia. Hay que decir que el mismo Young creía leer con arreglo á su alfabeto el nombre de *Arsinoe*, donde su célebre competidor ha hecho ver después con entera evidencia que debía leerse *autocrator*, é interpretaba por *Evergete* un grupo en que es menester leer *César*. El sistema de Champollion, respecto al descubrimiento del valor tonético de los geroglíficos, es sencillo, homogéneo y no parece dar lugar á ninguna incertidumbre. Cada signo equivale á una simple vocal ó á una simple consonante. Su valor no es arbitrario; todo geroglífico tonético es la imagen de un objeto físico, cuyo nombre en lengua egipcia empieza por la vocal ó por la consonante que se trata de representar (1).

El alfabeto de Champollion, dispuesto ya con arreglo á la piedra de Roseta y á otros dos ó tres monumentos, sirve para leer inscripciones enteramente diferentes; por ejemplo, el nombre de Cleopatra en el obelisco de *Philæ* trasportado hace mucho tiempo á Inglaterra, y donde el doctor Young armado con su alfabeto nada había visto. En los templos de Karnac, Champollion leyó dos veces el nombre de *Alejandro*; en el zodiaco de Denderach un título imperial romano; en el grande edificio sobre que estaba colocado el zodiaco, los nombres y sobrenombres de los emperadores Augusto, Tiberio, Claudio, Neron, Domiciano, etc. Con esto acabará la agitada y eterna discusión á que había dado lugar la edad de estos monumentos, y quedará indudablemente demostrado que todavía se usaban los geroglíficos á las orillas del Nilo bajo la dominación romana.

El alfabeto que ha producido ya tantos resultados inesperados, aplicado ora á los grandes obeliscos de Karnac, ora á otros monumentos que tambien son, segun se ha averiguado, del tiempo de los Faraones, nos presentará los nombres de muchos reyes de esta antigua raza, y otros de divinidades egipcias; mas diremos: nos manifestará *sustantivos, adjetivos y verbos* de la lengua copta. Young se engañaba pues, cuando miraba á los geroglíficos tonéticos como una invención moderna, y cuando sostenía que habían servido únicamente para la transcripción de los nombres propios, y aun solamente de los extranjeros. Mr. de Quignes, y sobre todo Mr. Etienne Quatreniere, defendian al contrario un hecho verdadero de la mayor importancia que la lectura de las inscripciones de los Faraones ha comprobado de un modo indudable, cuando miraban á la actual lengua copta como la de los antiguos vasallos de Sesostris.

(1) Esto será mejor entendido si queremos componer segun el sistema egipcio los geroglíficos de la lengua española.

La A podrá ser representada indistintamente por un Aguila, un Asno, un Anada, etc. que empiezan con a.

La B podrá serlo por una Ballena, un Barco, etc.

La C por un Caballo, una Cebra, un Cedro, etc.

La E por un Elefante, una Espada, una Encina, etc.

Y así sucesivamente; de modo que la palabra *Baca* se escribirá con geroglíficos españoles, poniendo á continuación unas de otras las figuras de una Ballena, un Oso, un Caballo y una Aguila, ó bien las de un Barco, un Olivo, una Cebra y un Asno.

He aquí el punto á que habían llegado estos sacerdotes egipcios, cuyo saber ensalzaba tanto la antigüedad: pero que verdaderamente nada nos han enseñado.

POESIA.

AL EXCMO. SR. D. PEDRO SABATER

(FUO DESPUES MARIDO DE LA SEÑORA)

Con motivo de haberle enviado á ésta unos versos en que pretendia hacer su retrato.

La pintura que haceis, prueba evidente
Es del hábil pincel que la ha trazado:
En ella advierto creadora mente
Y de entusiasta amor fuego sagrado.

Toques valientes, vivo colorido,
Dignidad de expresion, diseño grato...
Todo es bello ¡oh amigo! *el parecido*
Solo le falta á tan feliz retrato.

En vuestro genio, si, no en el modelo,
Esos rasgos hallais tan ideales;
Que solo al pensamiento otorga el cielo
Enjendrar en su luz bellezas tales.

Si como me pintais, así os parece
Verme, por Dios que á confusion me muero,
Pues tanto vuestra mente me engrandece
Que ni á mirarme como soy me atrevo.

Regio ropaje á su placer me viste
Vuestra exaltada y rica fantasia
Y entre tanto fulgor no sé si existe
Algo real de la sustancia mia.

¡Desdichada de mí si el tiempo afado
Se lleva en pos el fulgido atavio
Y hallais un día atónito, turbado
El esqueleto descarnado y frio!!!

En esta tierra de miseria y lloro
Dispensad compasion, cariño fiero;
Mas no gasteis tan prodígo el tesoro
De admiracion y amor que os dió el Eterno.

Lo que se cambia y envejece y pasa;
Lo que se estrecha en límites mezquinos,
Es nada para el alma, que se abrasa
Abelando de amor goces divinos.

Ventura me pedis, á mí que en vano
Tras de su sombra consumis mi brio...
A mí del polvo misero gusano,
Que de mi propia mezquindad me rio!

Pensais volar y os arrastrais despacio,
Y en pobre cieno vuestro afan se abisma...
¡Salid, salid del tiempo y del espacio
Y traspasad nuestra esperanza misma!

Yo como vos para admirar nacida;
Yo como vos para el amor creada;
Por admirar y amar diera mi vida;
Para admirar y amar encuentro nada!

Siempre el límite hallé: siempre, do quiera,
La imperfeccion en cuanto toco y veo...
No juzgo al universo una quimera
Porque en el busco á Dios; porque en Dios creo.

Tú eres; Señor! amor y poesia;
Tú eres la dicha, la verdad, la gloria;
Todo es, mirado en tí, lux y armonia;
Todo es, fuera de tí sombra y escoria.

¡Desdichado de aquel que en juicio escaso
Hallar lo grande en lo finito intenta;
Que en corrupto licor y estrecho vaso
Quiera apagar la sed que interna sienta!

No así jamás os profaneis ¡oh amigo!
No en esas aras de vuestra alma bella
Idolo vano alzéis, que yo os predigo
Que con desden y horror lo hundirá ella.

UN COMUNICADO Y ALGUNAS OTRAS COSAS MAS. (1)

La crítica que de los *Recuerdos de un viaje en España* hemos publicado en el *Semanario*, ha producido un comunicado que nuestro escalante amigo el señor Cuendias se ha visto en la precisión de dirigirnos, y un apéndice al *Museo de las Familias* en que aludiendo á las epístolas, pero desentendiéndose de su contenido, se trata, por toda contestación, de ensalzar el Museo lanzándonos al propio tiempo ciertas acusaciones embosadas que no pueden dejarse pasar sin correctivo por muy amargo que sea para el editor del citado periódico, que así hace lastimosamente una cuestión puramente literaria, una ocasión para estampar esos alardes ridículos de omnipotencia y de perfección á que se muestra tan aficionado. Dispuestos á ejercer la crítica en su verdadera acepción, no descenderíamos al terreno mezquino á que parece retarnos el Editor del Museo con sus impremeditadas palabras, si estas no nos obligaran á demostrar que estamos siempre prontos á aceptar toda clase de provocaciones, y si la estudiada sencillez y buena fe con que en la nota, á que contestaremos, se pretende hablar al público, no nos moverán á nosotros á ser verdaderamente claros y explícitos.

Por de pronto lé aquí el comunicado de los señores Cuendias y Fereal, que en su obsequio insertamos, con la principales observaciones á que su lectura da margen.

Madrid 25 de diciembre de 1849.

Señor director del SEMANARIO PICTORESCO ESPAÑOL.

Muy señor nuestro:—El interés que en su apreciable publicación se sirve V. manifestarnos, nos animan á suplicar á V. se sirva dar cabida en un próximo número del SEMANARIO PICTORESCO ESPAÑOL á la siguiente rectificación. Contando con el favor de V. quedamos S. S. S. Q. R. S. M. V. DE FERREAL.—M. DE CUENDIAS.

Señor director del SEMANARIO PICTORESCO ESPAÑOL.

Muy señor nuestro.—No es verdad que los *Recuerdos de un viaje en España* que publica el señor Mellado sean la misma obra, una parodia ó imitación de ninguna especie (2) de *L'Espagne pittoresque artistique et monumental* que publicamos en París en 1848: pues si bien es cierto que en los *Recuerdos*, el editor Mellado ha insertado algunos trozos de *L'Egnyne* (3) no es menos cierto que le asista todo derecho (4) para obrar así: pues no solo nuestro editor de París ha autorizado por un tratado especial á reproducir, extraer, traducir y publicar la que guste de nuestra obra al señor Mellado, sino que también nosotros le hemos dado la misma autoridad. (5) Esto dicho esperamos que modifique su agudísimo juicio el señor del de hechos y que V. nos favorezca como hasta aquí teniéndonos por S. S. S. Q. R. S. M.

V. DE FERREAL.—M. DE CUENDIAS.

Vamos ahora á hacernos cargo de las alusiones que nos dirige el señor Mellado en el último número del *Museo de las Familias*, y á rectificar equivocaciones en que incurre á sabiendas.

Que no ha sido el Museo el que ha creado en España la

(1) No queriendo privar á nuestros suscritores de las lecturas propias del SEMANARIO, para dar lugar á artículos puramente de polémica, aumentamos dos hojas á este número.

(2) Los señores Cuendias y Fereal, nos permitirán que les preguntemos qué carácter tiene una obra que sigue el mismo plan que otra, que copia á traduce períodos, párrafos, capítulos, hojas enteras, de la que le sirve de modelo; que tiene la misma forma material, que va ilustrada con los mismos grabados, aunque no les conozcan los padres que los dieron á luz, que contiene en fin, iguales láminas en negro sobre color según la nueva vez inventada por el señor Mellado, que tal vez podrá también inventar otra palabra que no sea parodia ó imitación, para calificar su engendro, y con esto conseguirá inventar siquiera algo para los *Recuerdos*.

(3) Y tan cierto como que el señor Mellado ofrecía en el prospecto una obra ENTERAMENTE nueva en la forma y en la esencia.

(4) Nadie se lo niega; es muy dueño de ello.

(5) No creemos que el editor de París se haya hecho rico con el producto de este contrato. Así y todo estruendamos que el autor de los *Recuerdos* haya echado la casa por la ventana para adquirir lo que está en su mano: ¿quién le quitaba de reproducir y plagiar, en una palabra, como mejor le acomodase? Lo que debió comprar fué el derecho para poner el nombre del célebrísimo autor español al frente de la traducción ó parodia. Apuradillo se ha de ver el editor para salir de este aprieto, el día que la Europa se levante en masa pidiendo el retrato del autor, según está previsto desde la impresión del prospecto. Para este caso esperamos que no se eche en olvido el consejo del insigne del de hechos de Pampaneira; un haton en el pecho del autor, con los retratos de los señores Cuendias y Fereal, es el modo de esturriarse por la tangente.

añeccion á las publicaciones pintorescas; que lejos de haber marcado ni al SEMANARIO ni á ninguna otra publicación el camino de las mejoras, no ha introducido no solo adelanto desde su primer año, son verdades que no ignoran cuantos tienen algun conocimiento del movimiento literario de España en nuestra época. Cuando el Museo salió á luz, hacia siete años que el SEMANARIO contaba mas de 3000 lectores, siete años que habia emprendido la noble tarea de despertar la inclinacion á las lecturas útiles, de crear en España el grabado en madera, de sacar del olvido nuestros monumentos célebres del país, el recuerdo de las glorias nacionales, de estimular en fin, á los ingenios españoles al cultivo de las letras. ¿Qué títulos tiene el Museo para aspirar á ocupar en la prensa del país el lugar que el SEMANARIO ha conquistado á costa de estorpe años de servicios prestados á las letras y á las artes, á costa de mil sacrificios, merced á los cuales ha podido adquirir y sostener el envidiable privilegio de ser la única publicación de su género en España? ¿Los cuentos de Berlioz? ¿Los artículos de D. R. Casellanos? ¿Las novelas del señor conde de Fabraquer? ¿Los clásicos de despendicio que constantemente ha ido ideando al extranjero para manchar sus páginas con los primeros é informes ensayos del grabado en madera que los periódicos pintorescos de Inglaterra y Francia presentaron por los años de 33 y 34? Es necesario ciertamente mucha osadía para que un periódico que fuera de algunos artículos publicados hábilmente en el primer tomo á guisa de reclamo, jamás ha tenido la mas pequeña importancia literaria ni artística, pretenda colocarse á la altura de una publicación maldita, pero cuya utilidad es innegable, que ha creado el grabado en España, que actualmente le está perfeccionando, que á diferencia del Museo, vive con recursos exclusivamente del país, y á la cual han contribuido, en fin, todos los escritores de alguna valía que ostenta la literatura española contemporánea.

Pero lo que no hemos podido ver con tranquilidad es la indicacion de que imitamos al editor del Museo, de que copiamos sus palabras. ¿Dónde está la imitación, carísimo editor? no conocéis que aunque según decís, valeis tanto, nosotros que tan pobre idea tenemos formada de vos, no habíamos de escoger por modelo al autor de *La España Geográfica*, de *Los recuerdos de un viaje en España*, y otros entendros del mismo valor literario? pero, ya lo dijisteis, la imitación está en que nosotros hacemos regalos, y vos los habíais ya hecho antes. Y decidnos, señor editor, ¿nadie en España ni fuera de ella había regalado libros antes que ocurriera esta idea á la estúpida inventiva de D. F. de P. Mellado? entonces, señor editor del Museo, vos sois un imitador del SEMANARIO, puesto que á los siete años de publicación de este periódico, aparecísteis otro periódico, literario como el SEMANARIO, con grabados, como el SEMANARIO, y en una forma semejante á la del SEMANARIO; entonces, vos, carísimo editor, que hasta ahora no se os habia ocurrido dar á luz un periódico universal, imitación manifiesta de otro periódico universal que hace diez meses se publica, y que lleva por título la ILUSTRACION, vos sí que sois un imitador consumado. ¿Que se atreva á hablar de imitaciones el autor de *Los Recuerdos de un viaje en España*? No, carísimo editor, si el diablo nos inspirara la idea de imitar, creedlo muy de veras, podríais estar tranquilo, no sería á vos á quien imitaríamos. Cuando ofrecamos regalos, los daremos, no os imitaríamos por mas que fuera mucho mas cómodo imitaros en aquella de los regalos del 30 por 100, merced á los cuales, según en otra ocasión demostramos, podríamos despachar libros viajeros por todo su valor, y que los suscritores nos dieran las gracias.

Quando escribamos prospectos, nos olvidaremos de cuantos vuestros hayamos tenido la desgracia de leer, no sea que nos entre la tentacion de ofrecer como originales, algunos recuerdos de otro; de prometer como hicisteis en el prospecto de 1844, artículos de los señores Vega, Lafuente, Breton, Bermúdez de Castro, Martínez de la Rosa, Búrros, Galano, Zorrilla, Rubi, etc., que todavía están esperando esos mismos pacientísimos suscritores, que tienen la debilidad de hacerlos gastar en el correo, dirigiéndonos cartas en que, según decís, opinan que sois un grande hombre. Vos que tan apasionado sois de lo original, que hacéis que de vuestra casa salgan casi originales en su propio idioma, las infinitas obras que dais como traducciones, habéis hecho en el prospecto de este año una innovacion ingeniosa por la que os felicitamos sinceramente, y un la que sería también muy económica imitaros; hablamos de aquello de citar un número infinito de nombres, aunque la mayor parte de ellos como los de Vega, Fr. Gerundio, Breton, Duque de Rivas, Rivi-

lla, etc. etc., no hayan aparecido desde 1843 en las páginas del Museo, vos sin embargo los tenéis presentes.... en los prospectos porque sabéis que valen para esto, aunque los prospectos no valdrán á acordaros de ellos en todo el año. Estais seguro de que esto de citar nombres no sea una imitación de los prospectos del SEMANARIO? bien que con la diferencia, de que, como inditais siempre lo peor, segun la apreciable opinion del Fiel de fechas, que tanto os ha escocido, vos no seguiréis la imitación hasta el punto de que aquellos nombres aparezcan en las páginas del periódico, como nosotros no os obliguemos á ello, que así esperamos conseguirlo antes ó despues.

Dice el bueno del editor del Museo estudiando á las críticas de sus Recuerdos, mejor dicho, de los Recuerdos que no son suyos, que á las críticas razonadas y justas puede contestarse con razones; que los ataques infundados deben contestarse con el silencio; ¿qué entenderá el señor Mellado por críticas razonadas y justas? ¿si creará que las epístolas del Fiel de fechas de Pampaneira son de las que, segun él, por sí mismas se destruyen? no amigo mio, esta clase de censuras no se desvanecen sino con razones que las desvirtúan, y que no nos daréis de ningun modo, aunque todos esos suscritores bonachones que os abruman con sus alabanzas, hicieran un viaje á Madrid para rogarnos de rodillas que diérais una respuesta razonada y categorica.

Si el Museo por su misma índole no fuera un rival enteramente inofensivo para cualquier periódico literario regularmente refectado, bastaria para borrar el colorido de risalidad que con vuestra proverbial destreza en esta clase de negocios editoriales, habeis procurado dar á los artículos de critica que os hemos dirigido, el considerar que nada tiene que ver la España Geográfica con el Museo, y sin embargo creimos un deber de conciencia escribir las cartas que publicó La Ilustracion y que han desautorizado completamente aquella obra: nada tiene que ver la Biblioteca Popular con el Museo, y sin embargo, acaso un día nos hagamos cargo de los males inmensos que estais haciendo al país con esta publicacion. Ni hemos sido nosotros los primeros que hemos levantado noblemente la voz contra un editor, que ha podido dar un impulso vigoroso á nuestra decadente literatura, á nuestros artistas, al comercio de libros considerado menos mezquinamente que vos lo entendéis; un escritor distinguido publicó en un periódico el año anterior, ciertas cartas suscritas con las conocidas iniciales J. de A., en las que hablando de las causas de la decadencia de la literatura española, escribia lo siguiente:

«La imprenta y la literatura signieron marchando de este modo, con irrepugnables diferencias, hasta fin del año de 1843. Al principio del 44 se succerró un hombre pensador en su gabinete, y formó el cálculo siguiente: «Hasta hoy ha vivido la literatura en España alimentando á un buen número de escritores, á mayor número de editores, á muchos millares de cajistas, á los fabricantes de papel, y á otro sin número de clases que viven con el sudor de los autores. Esto ha sucedido hasta hoy. ¿Cómo haré yo ahora que desde hoy en adelante se muera de hambre los aliteratos, se arruinen todos los editores, vivan mas estrechos los cajistas, y se desesperen las familias, trayendo á mis arcas todo el oro que entre tantos se repartía? «De una manera muy sencilla. A los suscritores se ha dicho que por consecuencia de los adelantos tipográficos se les entregaban los libros á un precio bastante económico; pues yo se los voy á dar ahora á la cuarta parte de su valor y, deslumbrándolos de esta manera, ganaré diez ó doce mil suscritores. ¿Pero de qué modo conducirme para dar los libros tan baratos? De una manera muy sencilla: yo pago nada de propiedades; y alimento mi publicacion con traducciones y reimprimiendo obras antiguas. ¿Pero para dar traducciones tendré que pagarlas? No importa. «Pagaré á 20 rs. el pliego. ¿Pero quién querrá traducir tan barato? En primer lugar, los que no sepan francés ni castellano; en segundo, los que sepan ambos idiomas y se pesen muriendo de hambre. ¿Se contentarán los suscritores con estas obras? Los suscritores se contentan con lo que les dan: yo buscaré quien elogie mis publicaciones, y mis suscritores crearán en los elogios de la prensa.»

«Este raciocinio formó D. Francisco de Paula Mellado y la BIBLIOTECA POPULAR vino al mundo. ¿Ha conseguido el D. Francisco de Paula Mellado lo que se propuso? lo ha conseguido plenamente. Los escritores han tenido que tomar sus plumas de ira; y el genio que debia brillar en su conito, se esconde entre el polvo de una oficina, ó se debilita y apaga bajo el peso de la miseria: los editores han quebrado, y en el tiempo que han querido luchar y vencer al enemigo de la imprenta, han tenido que ir disminuyendo

día por día la recompensa que antes daban á los escritores originales: los cajistas no gozan ya el mismo sueldo que otras veces: las clases que se alimentaban con el trabajo de los escritores perecen, y las arcas de D. Francisco de Paula Mellado estan rebosando de oro. Nueve ó diez millares de suscritores han encontrado que se contentan con las reimpressiones y traducciones: tambien ha encontrado quienes le traduzcan por 15 ó 30 duros un volumen de la BIBLIOTECA POPULAR, y, lo que es mas triste, no falta quien elogie las traducciones, las reimpressiones, todo lo que sale de las prensas de D. Francisco de Paula Mellado. ¿Y se llamarán escritores los que tal sostienen? Escritores son, porque hacen letras, pero no tienen almas de escritores, no estiman en nada la gloria, el honor de la literatura nacional. Ellos merecen bien que el lodo que salpica de las ruedas del coche de D. Francisco de Paula Mellado, manche sus vestidos y sus frentes; ellos merecen bien hundirse en la miseria y la obyección que á los escritores preparan.»

Dos palabras mas y concluimos. El Sr. Mellado termina la contestacion indirecta que nos da; á nosotros cuyos juicios no merecen mas que el silencio, con una curiosa leccion á los suscritores acerca de lo que son grabados originales, aprovechando de paso la ocasion para decir que un periódico (el SEMANARIO pronunciado V. sin mudo), ofreció no poner mas que grabados originales el año 49, y no ha dado apenas ninguno que no haya sido copiado de obras francesas. No solo lo ofreció el año 49, sino el anterior y el otro y el de mas atras, y el SEMANARIO no os imita en esto de ofrecer y no dar, vamos á probaroslo. En primer lugar no es cierto que el SEMANARIO no haya insertado apenas ningun grabado enteramente original; (34 ha dado tomados de apuntes y dibujos hechos expresamente por nuestro encargo; nosotros exigimos del editor del Museo que cite las publicaciones donde haya visto estas láminas antes que en nuestro periódico, si es que quiere conservar esa fama de franqueza y de lealtad que hace alarde, y que sienta muy mal en quien como él, disfraza la verdad por rivalidades mezquinas; 79 están copiadas de varias publicaciones de Europa, PERO COPIADAS POR ARTISTAS ESPAÑOLES, no traidas del extranjero en planchas de plomo, como las que el Sr. Mellado publica en el Museo; las diferencias de una cosa á otra son muy notables; élises de la época y de la clase de los que estampa el Museo, se ofrecen en las tarifas de los editores extranjeros á 6 francos; (tenemos de manifiesto las tarifas en nuestras oficinas), las copias ó calcos que nosotros mandamos hacer á artistas españoles, nos cuestan á 12 y 14 duros; (tenemos de manifiesto los recibos); los élises que dá el Museo son antiquísimos, imperfectos, baratos; las copias que hacemos nosotros son de los grabados mas escogidos que en el día estampan los mejores periódicos de Europa.

Sentimos que el editor del Museo nos haga descender á estas minuciosidades tal vez enojosas para el público, pero ya que es su gusto desnaturalizar una cuestion meramente literaria, para hacerla cuestion de palabreria, estamos prontos á nuestra vez á convertirla en cuestion de guarismos; es decir, á manifestar como se hace el Museo y como el SEMANARIO. La diferencia que hay entre estas publicaciones; qué deben las letras, las artes, el público á un editor que segun el estado, corregida y tal vez aumentada, que él mismo ha publicado composamente en los periódicos, imprimiendo 6 ó 7 publicaciones que tienen de costo 1.017,730 rs. 32 mrs., dá al año á los escritores 90,418 reales!! ¡8,140 á los artistas!!

Para que las personas menos entendidas puedan apreciar la enorme desproporcion entre estas cifras, vástedecir; que publicando nosotros solo dos periódicos, empleamos anualmente en dibujos y grabados de 50,000 á 60,000 rs.; y adquirimos originales por valor de unos 60 á 65,000; lamentándonos de que la escasez de productos de esta clase de empresas en España, si han de llevarse á cabo decentemente siquiera, no nos permita alterar este sistema.

Muchas demostraciones de este género haríamos al público sino temiéramos abusar de la paciencia del lector, cuya atencion nos vemos obligados á ocupar, bien á nuestro pasar, con cuestiones tan mezquinas como la presente.

Los guarismos, los datos, aparecerán en el caso de que á ello se nos provoque: entonces emprenderemos la improva y enojosísima tarea de demostrar la utilidad de un establecimiento, cuya entrada ignoran todos ó casi todos los artistas de España, cuyas prensas rara vez dan á luz otra cosa que traducciones ó escritos de infimo valor literario, y cuya existencia, en fin, mientras siga la marea que hasta aquí, es un obstáculo insuperable á nuestra regeneracion literaria y artistica.

Queredme bien, compadecedme, y basta
No aprecies cual diamante humilde arcilla:
Dadle el tesoro que jamás se gasta
Al que por siempre permanece y brilla.

Yo no puedo sembrar de eternas flores
La senda que corréis de frágil vida;
Pero si en ella recogeis dolores
Un alma encontrareis que los divide.

Yo pasaré con vos por entre abrojos
Y el uno al otro apoyo nos daremos;
Y ambos alzando al cielo nuestros ojos
Allá la dicha y el amor veremos.

¿Qué mas podeis pedir? ¿qué mas pudiera
Ofrecer con verdad mi pobre pecho?
Ternura os doy con efusion sincera
¿De mi ídolo el altar ya está deshecho!

No igual suerte me deis, oh vos, que en esta
Tierra de maldicion sois mi consuelo!
¡No me querais alzar ara funesta!
¡No me pidais en el destierro el cielo!

Vedme cual soy en mí, no en vuestra mente,
Bien que el retrato destroceis con ira
Que aunque cual creacion brille eminente
Vale mas la verdad que la mentira.

G. G. DE AVELLANEDA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 51.

*La muerte domina del mismo modo en la humilde cabaña que en los
alcázares dorados de un rey.*



FIN DEL TOMO DE 1849.

ADVERTENCIA.

Con el número próximo se repartirán la portada, índice y cubierta del tomo que concluye con este número, y que se venderá encuadernado desde Febrero, al precio de 40 rs. en Madrid.

ATLAS GEOGRAFICO.

No habiendo satisfecho nuestros deseos el resultado de los pliegos estampados en el mismo papel que se ha tirado LA TIERRA, hemos hecho fabricar otro de lo mas superior, á propósito para la estampacion delicada y detenida que requieren los mapas. Esto ha ocasionado un retraso que hemos creido preferible á deslucir completamente un obsequio que esperamos sea del agrado de nuestros favorecedores. Contamos con distribuir el ATLAS antes que concluya enero. Los seis pliegos que teniamos impresos están de manifiesto en nuestras oficinas, juntamente con una muestra del nuevo papel y esrampacion, para que los suscritores que gusten puedan establecer la comparacion conveniente.

LA TIERRA.

DESCRIPCION GEOGRAFICA.

Se están remitiendo puntualmente á vuelta de correo á todos los suscritores del año al SEMANARIO. Tambien en Madrid se está haciendo la distribucion. Juntamente con la TIERRA se manda el ALMANAQUE PINTORESCO MENSUAL á todos los suscritores que reciben el periódico mensualmente y á los que lo son al SEMANARIO ó ILUSTRACION.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Á LOS SUSCRITORES

A LA ILUSTRACION.

El aumento extraordinario que ya en esta fecha tienen las listas de suscripciones de LA ILUSTRACION, nos coloca en posicion de ofrecer mejoras muy notables para el año próximo, y lo que es mas, nos da esperanza de realizar una reforma importantísima, cual es la de sostener el periódico casi esclusivamente con láminas nuevas. Escusado es encarecer la importancia de esta mejora que, lo repetimos, concebimos esperanza de llevar á cabo muy en breve. Por de pronto, para los próximos números, tenemos dispuestos artículos escogidos, una lindísima novela original del Sr. Magariñus y Cervantes titulada CARAMURÚ, destinada, estamos seguros de ello, á alcanzar un éxito brillante; otra de costumbres, original tambien del festivo escritor conocido con el pseudónimo de el Barón de Illescas, titulada LA CASA DE ENFRETE, y otras dos, igualmente originales, de la distinguida poetisa señorita Coronado, y del señor Diana.

En punto á láminas, tenemos dispuestas muchas bellísimas y de grandes dimensiones, varias de costumbres españolas, y una historia satírica en dibujos que comenzaremos á publicar desde el número próximo, y que lleva por título: LA BOLA INCREIBLE, SORPRENDENTE HISTORIA DEL HEREDERO DEL CÉLEBRE MR. CRYPTOGAME. Esta crítica de costumbres y de los viajeros franceses que tan mal nos juzgan, pertenece á un género enteramente nuevo en España. En una palabra, reunimos materiales escogidos para mostrar, como tenemos de costumbre, nuestra profunda gratitud al favor siempre creciente con que son recibidas nuestras humildes tareas.

